

## **EL TESTIMONIO/MARTIRIO, DIMENSIÓN CONSTITUTIVA DE LA EVANGELIZACIÓN**

Por Roberto Calvo Pérez  
Facultad de Teología de Burgos

- 1. LA IGLESIA, NACIDA DE LA PASCUA...  
PARA SER PARÁBOLA DE LA PASCUA**
- 2. LA EVANGELIZACIÓN (EN CLAVE MISIONERA),  
LA DICHA Y VOCACIÓN DE LA IGLESIA**
- 3. EL TESTIMONIO,  
DIMENSIÓN CONSTITUTIVA DE LA EVANGELIZACIÓN**
- 4. EL MARTIRIO (POR AMOR),  
ACTITUD SUBLIME DEL TESTIMONIO**
- 5. CONVOCADOS A EDIFICAR UNA IGLESIA MARTIRIAL**
- 6. REALIZAR UNA MISIÓN MARTIRIAL  
EN SITUACIONES DE CONFLICTO**
- 7. CLAVES ACTUALES PARA UNA MISIÓN MARTIRIAL**
  - Una misión profético-martirial
  - Unos misioneros a los que el dolor les hace mirar hacia abajo
  - Los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre
  - Una espiritualidad misionera desde la cruz
  - Una misión de pan partido y de sangre derramada por todos

“La Iglesia de nuestro tiempo sigue escribiendo su martirologio. Con capítulos siempre nuevos, actuales. No se debe olvidar. No se pueden apartar los ojos de esta realidad que es dimensión fundamental de la Iglesia de nuestro tiempo. La Iglesia de hoy continúa escribiendo su martirologio”. Así se expresaba el 30 de marzo de 1980 Juan Pablo II, pocos días después de haber sido asesinado Oscar Romero.

Y continuaba: “no podemos olvidar a quienes en el curso de nuestra época han sufrido la muerte por la fe y por el amor a Cristo, los que de diversas maneras

han sido encarcelados, torturados, condenados a muerte y aun escarnecidos, despreciados, humillados y marginados socialmente. No se puede olvidar el martirologio de la Iglesia y de los cristianos de nuestra época. Este martirologio está escrito con caracteres distintos de los primitivos. Hay otros métodos de martirio y otro modo de dar testimonio. Pero todo mana de la misma Cruz de Cristo y completa la misma Cruz de nuestra Redención"<sup>1</sup>.

En estos últimos años llegan a nuestro conocimiento muchas situaciones conflictivas y difíciles en las que tienen que trabajar los misioneros por todo el mundo. Ello nos hace comprender la estrecha relación que existe entre martirio y misión, entre Iglesia martirial, evangelización y actividad misionera. Porque en su historia milenaria, la Iglesia misionera, nacida de la Pascua, jamás ha depuesto la túnica roja del martirio. Esta es una realidad constante de su vida y que, si cabe, nos interpela más aún hoy, pues el martirio es un "don insigne y la prueba suprema de la caridad" (LG 42).

### **1. LA IGLESIA, NACIDA DE LA PASCUA... PARA SER PARÁBOLA DE LA PASCUA**

La actitud de Jesús, que hace de todo su ministerio una pro-existencia, *implica la entrega de la propia vida hasta el final, sin condiciones ni limitaciones*. La solidaridad y la compasión conllevan la cercanía y la proximidad a sus hermanos los hombres en todo, menos en el pecado. El martirio, hasta el derramamiento de la propia sangre, forma parte de la misión recibida del Padre: no porque éste desee el sufrimiento de los enviados sino porque la misión recibida debe asumir y vencer el rechazo y el desprecio en medio del conflicto<sup>2</sup>.

La entrega de la propia vida "en rescate por todos" significa incluso morir a favor de aquellos que actúan contra él como verdugos y torturadores. En eso consiste realizar la misión del Hijo: si él desde la eternidad todo lo ha recibido del Padre como regalo de pura generosidad, *debe regalar la misma generosidad a los hombres todos*, anulando el propio egoísmo y saltando la barrera del odio que el otro había levantado. Jesús muere en nombre de todos y a favor de todos. Su muerte salvífica es universal, sin exclusiones. En consecuencia, la misión de Jesús debía pasar a través de la muerte en cruz para llegar al Padre. Este camino de Jesús conduce a la resurrección y glorificación. La Pascua es el paso de Jesús al Padre *después de haber recorrido el camino de la misión*, del anuncio, de la solidaridad, a través del cual ha ido abriendo a todos los hombres el sendero que conduce al hogar del Padre, al reencuentro de la familia humana.

El misterio pascual es el fundamento definitivo de la misión universal, porque constituye la base y el sello de la alianza definitiva de Dios con los hombres. El misterio pascual es no sólo fundamento de la misión cristiana, sino *su contenido más original*. Jesús había anunciado el Reino. El Reino no es algo distinto de Jesús. El Reino se concentra en el Jesús resucitado, pues en él se manifiesta el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro del hombre: del Padre que resucita a Jesús a

<sup>1</sup> Pronunciado en el *Ángelus* del Domingo de Ramos: *Insegnamenti* 3/1 (1980) 774.

<sup>2</sup> E. BUENO DE LA FUENTE, *La dignidad de creer*, BAC, Madrid 2005185-207. Cf. ID. *Jesús de Nazaret en 50 claves*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 141-162.

favor de los hombres y del hombre que ha encontrado su realización máxima en el modo de ser de Jesús. El misterio pascual es *el momento central de la revelación de la Trinidad*. Las más antiguas confesiones de fe proclamaban la alegría de que el Padre ha resucitado al Hijo en el poder del Espíritu. En esa acción de Dios hay un aspecto que nunca puede ser olvidado ni marginado, porque constituye una novedad en la historia de las religiones y en la historia de la humanidad: a pesar de haber matado a Jesús injustamente, el Padre resucita al Hijo no contra nadie sino a favor de todos, también de aquellos que lo habían perseguido y llevado a la cruz.

La Pascua nos habla, por ello, de la eterna juventud de Dios, *de un amor inagotable que no puede ser vencido por la oposición y el rechazo de los hombres*. Esa es la novedad que debe proclamar, con hechos y con palabras, la misión cristiana: el Padre no mira el mundo más que a través del Hijo glorificado, fuente de salvación para todos y de renovación del cosmos entero por el poder y la fuerza del Espíritu. Es el Espíritu el que hará presente a Jesús actualizando su acción salvífica y restauradora. Jesús el Hijo queda convertido de este modo en espíritu vivificante, en espíritu que da vida y transforma el corazón humano (cf. 1Cor 15,45).

El Resucitado es también fuente de misión y de envío. Sus apariciones se concluyen habitualmente *con el envío de los apóstoles a una misión que es universal*, con la tarea de dar testimonio de la novedad acontecida en la Pascua, de la alianza que Dios estableció con la familia humana. Mt 28,19 puede servir como modelo de este dinamismo pascual. Jesús encarga a sus discípulos: id, acercaos a todos los pueblos y naciones, mostrándoles un modo nuevo de vida, manifestando un rostro insospechado de Dios, contándoles y ofreciéndoles la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu, liberad a todos de sus angustias y decepciones porque han sido acogidos y comprendidos por Dios, regaladles la esperanza porque la Trinidad sigue acompañándoos en el duro caminar a través del tiempo... Para esa misión Jesús les garantiza su presencia, por el Espíritu, hasta el fin del mundo, hasta el cumplimiento de la misión.

El tiempo de la Iglesia es el tiempo de la misión. Más aún, podríamos decir que *la Iglesia existe para asumir y protagonizar la misión que arranca de la Pascua*. Es la tarea gozosa, pero difícil y conflictiva, para la que existe la Iglesia. Ya en los inicios no resultó cómodo asumir esa responsabilidad. Tras la resurrección todavía preguntan algunos discípulos si ha llegado el momento en el que va a instaurar su Reino (entendido en sentido político y de poder). Jesús ha de recordarles que es todavía el tiempo de la misión, que hay que seguir recorriendo los caminos de la historia, que hay que seguir ofreciendo el testimonio pascual pasando por Samaría hasta llegar a los confines de la tierra (Hch 1,6-8).

La Pascua de Jesucristo es *un acontecimiento fundador ya que imprime una orientación radicalmente nueva a la historia* que le precedía y en la que Él estaba inserto. Por ser acontecimiento ha de ser capaz de convocar y de atraer, de seducir la libertad y de regalar un futuro de alegría y esperanza. Así pues, la Iglesia es desde su raíz parábola de la Pascua: su existencia, su anuncio y testimonio, su celebración litúrgica, hacen presente el carácter inaudito y único de lo que tuvo

lugar el día de la Pascua. Dios es así de un modo aún más sorprendente que lo insinuado en las parábolas narradas por Jesús. En cuanto acontecimiento fundador, da origen a la Iglesia. Pero no sólo para que la Iglesia exista. Más bien, y ante todo, para que la Pascua siga siendo actual y actualizada. Por ello, la Iglesia no se predica a sí misma, ni ha de buscarse a sí misma. La Iglesia cumplirá su misión y realizará su identidad en la medida en que la libertad de las personas y de los pueblos puedan “tocar y palpar” la alegría de la Pascua.

## **2. LA EVANGELIZACIÓN (EN CLAVE MISIONERA), LA DICHA Y VOCACIÓN DE LA IGLESIA**

La Iglesia, nacida de la Trinidad, se descubre en estado de misión puesto que ese es su modo propio y peculiar desde su comunión y sacramentalidad. De ahí brota la invitación universal a nuevos miembros para formar parte de la Iglesia como *pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu*. De la Trinidad nace la misión que es llevada adelante por la Iglesia desde la evangelización universal y en medio de la historia, hasta el retorno final de todos y todo al seno trinitario<sup>3</sup>.

“La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre” (AG 2). Los orígenes de la Iglesia *están escondidos en lo más profundo del misterio de Dios*: un designio del amor fontal trinitario explicitado como comunidad de salvación, que abraza desde el primero hasta el último de los justos. Ambos aspectos (origen trinitario y protagonismo en el misterio de Dios) hacen que la Iglesia deba comprenderse, experimentarse y mostrarse como comunión y sacramento universal de salvación.

Por eso mismo, la Iglesia ha de aparecer como “un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). La comunidad eclesial está llamada a *ser signo evidente del amor incondicional de Dios hacia la humanidad*, pues es principio y germen del Reino de Dios (cf. LG 5); ello es imperativo que la urge a encarnarse en todas las culturas y pueblos, de modo preferente siendo samaritana y solidaria entre los desheredados y orillados de la historia, pretendiendo una misión universal de cara a la reconciliación de todo y de todos en Dios.

La Iglesia ha de comprenderse como realidad personal, formada por personas de nombre y de rostro conocido. *La Iglesia son las personas que la constituyen*: las personas divinas (Padre, Hijo y Espíritu) que viven en comunión plena y eterna, y las personas humanas que aceptan acoger y vivir desde esa comunión en misión. La relación entre esas personas (divinas y humanas) se produce en el seno de la historia como alianza y la incorporación a la Iglesia se lleva a cabo por la iniciación cristiana (catequesis y bautismo, confirmación y eucaristía). El nuevo testamento lo muestra con claridad cuando presenta a la Iglesia no como algo distinto y contrapuesto respecto a las personas concretas. San Pablo y la tradición paulina afirman de modo directo: “vosotros sois el templo de

---

<sup>3</sup> R. CALVO PÉREZ, *100 fichas sobre la evangelización*, Monte Carmelo, Burgos 2008.

Dios" (1Cor 3,16s.; 2Cor 6,16; Ef 2,21). Se trata de un templo edificado por "piedras vivas" (1Pe 2,5), que somos cada uno de los bautizados.

Desde ahí, la Iglesia es una comunidad de personas que se identifican como creyentes desde la misión que se les ha encomendado, y que se sitúan en el dinamismo y en la lógica de las misiones del Hijo y del Espíritu. Así pues, la misión en apertura universal precede y anticipa a la Iglesia, es la que la llama a la existencia. Quien se siente miembro de la Iglesia *ha de experimentar la misión como algo propio y específico* de su vocación eclesial, aunque luego deban existir personas, carismas y estructuras específicamente misioneras.

Todas estas formas de comprender la Iglesia nos sitúan en su identidad más profunda: *ha de auto-comprenderse como evangelizadora*. Nacida de la Trinidad y sustentada por ella, la Iglesia necesita comunicar el misterio del amor trinitario ante el mundo ratificado en el acontecimiento de la Pascua. Por eso, la Iglesia brota para continuar las misiones del Hijo y del Espíritu, anunciando a todos los pueblos y en todas las épocas la buena nueva del evangelio: "solamente después de la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés los apóstoles salen hacia todas partes del mundo para comenzar la gran obra de la evangelización de la Iglesia" (EN 7).

Desde ahí surge *el nexo profundo entre Trinidad, Iglesia y evangelización*: "La Iglesia lo sabe. Ella tiene conciencia viva de que las palabras del Salvador «es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades» (Lc 4,43), se aplican con toda verdad a ella misma. Y por su parte ella añade de buen grado, siguiendo a san Pablo: «Porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!» (1Cor 9,16) ... Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (EN 14). Pero, nunca debe olvidarse que "evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma" (EN 17).

Ahora bien, *todo el quehacer evangelizador requiere estar orientado prioritariamente desde la misión*. La misión ha de comprenderse como la «*tarea primordial*», el «*dinamismo*» y la «*vigía profética*» de todo el quehacer evangelizador. RMi 33 intenta precisar el sentido específico de la misión ad gentes, diferenciándola de la pastoral y de la nueva evangelización. Sin embargo, en el número siguiente manifiesta que "es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y por la fundación de nuevas Iglesias en los pueblos y grupos humanos donde no existen, porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Sin la misión ad gentes la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar". El horizonte de la misión ad gentes no es, por lo tanto, simplemente una actividad, sino *el dinamismo de todas las actividades de la Iglesia*. Por ello, la misión se entenderá como la vigía profética que continuamente advierte de una tarea aún por realizar, de un camino aún por recorrer.

### **3. EL TESTIMONIO, DIMENSIÓN CONSTITUTIVA DE LA EVANGELIZACIÓN**

La acción evangelizadora es una realidad rica, compleja y dinámica (cf. EN 17) que suele estructurarse en tres acciones prototípicas (misionera, catecumenal y pastoral) y en cuatro dimensiones constitutivas (diaconía, anuncio, comunión y liturgia)<sup>4</sup>. Ahora bien, *la evangelización nunca podrá separar el servicio a Dios y el servicio a las personas*: a Dios en la plenitud de su verdad y a cada persona en su totalidad (todo el hombre), en su concreción (situaciones particulares y estructurales) y en su universalidad (todos los hombres). El nuevo testamento es paradigmático, pues siempre une la acción de servicio de las primeras comunidades a Cristo y al Espíritu. Lo mismo que Cristo, movido por la fuerza del Espíritu, hizo de su vida un acto constante de servicio salvífico y liberador, también el que quiera seguirle, anunciarle y testimoniarle tiene que estar dispuesto a configurar su existencia como diaconía (cf. Mc 10,43-45; Mt 20,24-28; Lc 22,24-27) al mismo Cristo (cf. Jn 12,26) y a todas las personas, especialmente a las más necesitadas (cf. Mt 25,40-45).

*Mediante el testimonio de los evangelizadores*, el Espíritu Santo potencia la propia evangelización y le da rasgos de credibilidad ante un mundo necesitado de signos que muestren –para quienes quieran verlo– que la buena nueva va más allá de una ideología, mostrándose como fuerza liberadora y salvífica que pretende transformar la vida concreta, la sociedad y la historia humana desde las perspectivas universales y fraternas del Dios cristiano. Dicha opción en favor de la extensión del Reino de Dios para el mundo, desde el testimonio y el compromiso, exige una evangelización de diaconía como servidora del Reino y, por tanto, encarnada en el mundo<sup>5</sup>. Hoy día el testimonio es comprendido como la “primera e insustituible forma de la misión”, porque el hombre actual “cree más a los testigos que a los maestros” (RMi 42; cf. EN 41).

En realidad, toda la historia de la revelación no es sino *una desvelación testimonial de la alianza que Dios ofrece y propone* libre y continuamente a cada persona. Esta revelación, como testimonio de Dios en favor de la humanidad y la historia, pretende provocar una reacción: bien la aceptación por la fe, bien el rechazo. Aceptar el testimonio es propio de la sabiduría (Sab 8,8) puesto que viene de ella como don de Dios. Ello es avalado por dos testimonios: la naturaleza y las obras históricas en favor de la humanidad. Dentro de éstas, adquiere una densidad plena el Verbo hecho carne en favor de todos. Así, ofrece señales mesiánicas a los enviados del Bautista (Mt 11,4-6) y expulsa demonios, cura enfermos, resucita muertos... para que sepamos “que el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11,20). Todos los signos testifican que Jesús era “un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo” (Lc 24,19) y que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos” (Hch 10,38s.42) “por todo el mundo” (Mt 28,19; Jn 20,21; Hch 1,8).

*Misión y testimonio explican el porqué de la evangelización* y se conjugan

<sup>4</sup> Respecto a la fundamentación –insuficiente y estrecha, a nuestro juicio– del triple oficio (profético, sacerdotal y real) del quehacer evangelizador, cf. C. FLORISTAN, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*, Sígueme, Salamanca 1991, 215-227.

<sup>5</sup> R. CALVO PÉREZ, *Hacia una pastoral nueva en misión*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 270-280. Cf. R. PELLITERO, *La fuerza del testimonio cristiano*, «Scripta Theologica» 39 (2007) 367-402.

perfectamente en los Hechos de los Apóstoles. Tras la Pascua, Cristo mismo se convierte en evangelio del Dios vivo, actuante y fiel en el entramado histórico por la fuerza del Espíritu. Por ello, el anuncio es necesariamente testimonio de la acción y fuerza salvadora de Dios y actualización de su presencia: "os hablo de Jesús el Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros, realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis... Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte" (Hch 2,22s.). Evangelizar para los primeros creyentes es dar testimonio de Jesucristo, contar una historia de amor enraizada en sus vidas y difusiva como alegría y regalo.

El testimonio *es parte constitutiva de la evangelización*. Hasta tal punto, que aun existiendo elementos y aspectos de los que nunca se podrá prescindir en la tarea evangelizadora (EN 17), el testimonio debe situarse como primacía de todos ellos: "la Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio", procurando que plantee interrogantes vitales en quienes lo observan y constituyendo "ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz" (EN 21)<sup>6</sup>.

Dada la actual economía salvífica, los milagros pierden intensidad numérica para que el testimonio comprometido de la Iglesia *sea el signo evangelizador que interpele*. San Agustín mantiene que la Iglesia es el signo actual que atestigua la evangelización de Cristo: los apóstoles vieron a Cristo resucitado y creyeron en la Iglesia; nosotros, en cambio, vemos a la Iglesia y creemos en Cristo resucitado<sup>7</sup>. Durante el siglo XVI, los teólogos de Salamanca volvieron a plantearse el mismo problema respecto a la evangelización de América. Francisco de Vitoria sostuvo la necesidad de los signos y del testimonio de los encomenderos y de la comunidad cristiana como respaldo a la evangelización de los misioneros<sup>8</sup>. El testimonio hoy ha de manifestarse desde *perspectivas variadas, pero complementarias y situadas en cada cultura y contexto*.

-El testimonio evangélico no es simplemente un problema moral del evangelizador; es *una cuestión apostólica* con dimensiones teologales. Las actitudes y prácticas anti-evangélicas desacreditan la pastoral y restan credibilidad al evangelio; por ello Pablo pone especial cuidado para "no crear obstáculo alguno al evangelio de Cristo" (1Cor 9,12). Los signos personales a manifestar pasan por la vivencia de las bienaventuranzas, la rectitud moral y profesional, la apertura y la aceptación de los demás, el desarrollo de la caridad y la solidaridad con las personas, el apoyo del bien y la justicia, especialmente en favor de la liberación de los más pobres y marginados.

-El testimonio personal es importante, ciertamente, pero no es suficiente;

---

<sup>6</sup> Cabe recordar que el testimonio es el comienzo del anuncio explícito. *Es un anuncio no verbalizado* que aporta credibilidad a la palabra y le hace ser no noticia hueca sino buena noticia. Pero también, y de forma co-implicativa, el testimonio ha de venir *esclarecido y razonado desde el anuncio* (cf. EN 22). De hecho, la biblia recoge la memoria verbalizada de unos hechos, transmite en palabra su significado e invita a traducir en hechos la sintonía con dicho mensaje. Con razón afirma repetidamente el concilio en *Dei Verbum* la intrínseca relación entre «obras y palabras» (2) en la revelación de Dios (14), en la obra de Cristo (4,7,17,18) y en la vida de la Iglesia (7,8).

<sup>7</sup> *Sermón 116,5*.

<sup>8</sup> *De Indis*, sectio 2, 13-16.

desde los orígenes cristianos se da especial importancia *al testimonio comunitario*. Las comunidades cristianas deben ser fermento testimonial mostrando ante el mundo contemporáneo un modelo de convivencia más humana, fraternal, participativa, solidaria y reconciliadora.

-Pero la evangelización se enfrenta también hoy ante el desafío *del testimonio institucional*. Los testimonios individuales o de algunas comunidades no bastan. La credibilidad de la Iglesia pasa hoy a través de sus instituciones, que son el elemento más visible y abierto a la publicidad de la historia.

#### **4. EL MARTIRIO (POR AMOR), ACTITUD SUBLIME DEL TESTIMONIO**

El nuevo testamento emplea más de doscientas veces los conceptos de mártir o martirio, es decir, de testigo o testimonio<sup>9</sup>. Ciertamente, los escritos neotestamentos no relacionaron la idea de martirio con la aceptación de la muerte; también allí se llama mártir al que da testimonio de su fe y atestigua la verdad del evangelio. El ejemplo más claro en este sentido es el del protomártir Esteban (cf. Hch 7,54-60), que no es llamado mártir por el hecho de morir, sino simplemente porque es testigo de Cristo en su actividad evangelizadora. Sin embargo, más allá de su utilización numérica, *cabe resaltar dos líneas interpretativas que subrayan el concepto de mártir o martirio* y que nos ayudan a comprender su significado genuino: las orientaciones de Lucas y las de Juan<sup>10</sup>. Lucas se fija más directamente en los apóstoles y creyentes en cuanto testigos de la obra de Dios realizada en Cristo; contempla a la Iglesia como comunidad de testigos, acentuando la misión para la evangelización y el testimonio. Juan va más directamente al concepto de testimonio remarcando la función testifical de Jesús acerca del amor y de la salvación del Padre.

Los primeros testigos lo son, en la fuerza del Espíritu, hasta el martirio. Éstos reciben el carisma del Espíritu (Hch 1,8; 2,14) predicho para los tiempos mesiánicos (Hch 1,17-20); el Espíritu inspira sus respuestas ante el tribunal (Mt 10,18; Lc 11,12s.; cf. Hch 6,10); más aún, el Espíritu da testimonio juntamente con ellos (Hch 5,32). El Espíritu les da la fuerza y la valentía para que den testimonio (Hch 4,13.33) en las persecuciones que son características de los tiempos mesiánicos (Mt 10,18; Mc 13,9; Lc 21,13).

El apóstol de los gentiles describe la acción de todo evangelizador con estas palabras: "Hijos míos, sufro por vosotros como si os estuviera de nuevo dando a luz hasta que Cristo sea *formado* en vosotros" (Gal 4,19). La forma de Cristo que el misionero imprime no puede ser sino la del siervo doliente que da su vida por la salvación de todos. Los "sentimientos" (Ef 2,5s.) que caracterizan la figura histórica de Jesús de Nazaret deben ser también los que definan a quienes se ponen en su seguimiento para completar lo que falta a sus padecimientos (Col 1,24). La teología paulina será particularmente sensible a la hora de *unir el apostolado y la misión*

<sup>9</sup> A partir de aquí retomo algunas ideas que ya he expuesto con mayor amplitud: *La sangre de los mártires, semilla cristiana: la misión como martirio*, «Misiones Extranjeras» 212-213 (2006) 351-374.

<sup>10</sup> El verbo «*martyréin*» aparece en 76 ocasiones; de éstas, 43 corresponden a Juan, que emplea el término 33 veces en su evangelio y 10 en sus cartas, mientras que el sustantivo es empleado por Juan 13 veces.

*evangelizadora*: una misión que, gracias al Espíritu, asume la aparente dialéctica entre la alegría y el sufrimiento y la muerte (cf. Rom 6,4-15; Gal 5,16-25; 1Cor 6,11-10.31; 13-4-7; 2Cor 5,14s.; 1Tim 6,12). Así, los primeros mártires del cristianismo no estarán preocupados por qué decir sino que –según la promesa de Jesús (cf. Mt 10,20; Mc 13,11; Lc 12,12)– el Espíritu hablará en ellos y por ellos; y durante la tortura o en el momento de su ejecución se sentirán sostenidos “por el ardor del Espíritu”.

Lo cierto es que, mirando a los orígenes de la fe cristiana, no está clara la distinción terminológica entre testigo y mártir. *Se irá produciendo una evolución semántica*: se pasará de un concepto genérico de «testigo» de un hecho al concepto más concreto del «testimonio» de una verdad o de otras convicciones, hasta el «testimonio / martirio» que se da con el derramamiento de la propia sangre. El concepto de mártir, en la acepción que hoy posee, comienza a establecerse con toda probabilidad a partir del año 155: “Policarpo, que fue el duodécimo en sufrir el martirio en Esmirna, no sólo fue maestro insigne, sino también mártir excelso, cuyo martirio todos aspiran a imitar, ya que ocurrió a semejanza del de Cristo, como se nos narra en el evangelio”<sup>11</sup>. Mártir se identifica aquí como el que da su propia vida por la verdad del evangelio.

Hasta hace poco existía una concepción clásica que comprendía el martirio “como sufrimiento voluntario de la condenación a muerte, inflingida por odio contra la fe o la ley divina, que se soporta firme y pacientemente, y que permite la entrada inmediata en la bienaventuranza”. Sin embargo, *el concilio Vaticano ha presentado una visión más acorde con su sentido original y con las nuevas sensibilidades* ante los mártires de nuestros días (cf. sobre todo LG 42; y también LG 50; GS 20; AG 24; DH 11 y 14)<sup>12</sup>. El concilio no habla de profesión de fe ni de odio a la misma –aunque las suponga–; prefiere referirse al mismo como signo del amor que se abre hasta hacerse total donación de sí. Si se subraya el amor más que la fe, se comprende que es más fácil destacar la entrega del amor de Cristo, que está en la base del testimonio del mártir; un amor que puede resultar creíble.

El amor (en la línea de Jn 15,13: “dar la vida por los amigos”) permite referir a la identidad del mártir su testimonio personal / comunitario y su compromiso directo en el desarrollo y progreso de la humanidad. El mártir atestigua que la dignidad de la persona y sus derechos elementales, hoy universalmente reconocidos pero no siempre respetados, son los elementos básicos para una vida humana.

El martirio se nos presenta como *el testimonio más sublime y, por ello, el más creíble y significativo ante el mundo*. Es consecuencia de una vida en Cristo como enviado que da la vida por todos, y guiada por el Espíritu. De la muerte acogida surge un anuncio existencial de una persona que se ha gastado por todos, particularmente por los más pequeños y pobres. De la vida entregada hasta la muerte brota un profundo amor al mundo masacrado y a la Iglesia mártir en medio

<sup>11</sup> *Actas del martirio de Policarpo 19,1* : SCh 10,233-235.

<sup>12</sup> R. FISICHELLA, *Martirio*, en AA. VV., *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid 1992, 858-871.

de los gozos y penalidades de los hombres (cf. RMi 87-90; EE 13). El martirio todavía hoy puede ser un «lenguaje» expresivo y un «signo» creíble del amor trinitario de Dios. Mediante el testimonio de los mártires la misión muestra que aún hoy la buena nueva del Reino tiene su fuerza de provocación respecto a nuestros contemporáneos, bien para permitir la opción libre de la fe, bien para vivirla de forma coherente y significativa.

## 5. CONVOCADOS A EDIFICAR UNA IGLESIA MARTIRIAL

La Iglesia (en misión) necesita mártires. Necesita mártires de carne y sangre para destacar en plenitud la realidad del amor que se hace libremente aceptación de la muerte, y al mismo tiempo se convierte en pendón para el perseguidor. El mártir, en todas sus modalidades, pertenece a la Iglesia; y ello no sólo porque, en su historia bimilenaria, está caracterizada permanentemente por la presencia de los mártires, sino más bien porque constitutivamente ella misma es mártir. *Antes de ser una «Iglesia de los mártires» es una «Iglesia mártir»*<sup>13</sup>. En su constitución esencial se le imprime de modo indeleble la «*forma Christi*», que se expresa en la kénosis del Hijo hasta el momento culminante de la pasión y muerte de cruz (Fil 2,5-8).

Lo que pertenece a Cristo es también de su Iglesia. Por tanto, también para ella tiene que concretarse y realizarse la forma kenótica como expresión del seguimiento obediencial, que alcanza su culminación en la pasión y muerte por amor. La Iglesia nace, vive y se edifica misioneramente sobre el fundamento de Cristo mártir y del Espíritu testigo del amor y de la verdad. Su misión en el mundo habrá de ser la de orientar su mirada hacia “el que fue traspasado” (Jn 19,37; Ap 1,17) a fin de que se explicita la palabra amorosa del Padre.

Como decía K. Rahner, “el martirio pertenece a la esencia de la Iglesia. Hay siempre mártires en la Iglesia y no puede ser de otro modo. Porque la Iglesia no puede contentarse con vivir su testimonio en Cristo crucificado, debe manifestar también este testimonio vivido. No le basta celebrar la muerte de Cristo y hacerla presente en el misterio sacramental de la misa. La Iglesia vive la muerte de Cristo en todos los que llevan la cruz de Cristo... La Iglesia no es sólo internamente la realidad de la gracia, sino también su «sacramento» visible. Es decir, la Iglesia ha de ser en el mundo el signo sagrado de esta realidad interna. Es necesario que la crucifixión de la Iglesia se manifieste sin cesar hasta el fin. Y el medio más claro de mostrarse así hasta el fin le es ofrecido en el martirio”<sup>14</sup>.

Por ello, podemos mantener que *el mártir aparece como símbolo eficaz, productor de verdad para la Iglesia*. La Iglesia cuenta con multitud de mártires, que son su gloria. Pero siempre que un cristiano, por seguir a Cristo y comunicar su evangelio, se compromete de tal forma que es llevado al martirio, produce credibilidad para la Iglesia. Más aún: edifica la misma Iglesia, en el sentido de que

<sup>13</sup> E. PETERSON, *Tratados teológicos*, Cristiandad, Madrid 1966 –original de 1951–, 71-101 [es el capítulo titulado *Testigos de la verdad*].

<sup>14</sup> K. RAHNER, *Sentido teológico de la muerte*, Herder, Barcelona 1969<sup>2</sup>, 109s.

ésta sólo es la Iglesia de Jesucristo en la medida en que está dispuesta a vivir de manera que considere normal participar del mismo destino martirial de su Señor.

La eclesiología reciente –a partir del Vaticano II– ha revalorizado la categoría teológica de signo o sacramento, porque permite conjugar la referencia a su identidad misteriosa y a la visibilidad en medio de la historia<sup>15</sup>. Por un lado, debe mantener su identidad como punto central: el misterio de la fe en la que se enraíza y que justifica y exige no sólo el testimonio de la Iglesia misma como testigo y testimonio. Por otro, el horizonte actual de la significatividad; es decir, ha de asumir tanto las posibilidades de encuentro como de desencuentro respecto a la actual experiencia de la realidad.

El testimonio práxico puede concretarse de modos diversos, la mayoría aceptables y complementarios. No obstante, hay que destacar en vistas a la misión, no tanto el testimonio que ofrece la Iglesia, sino *el hecho mismo de la Iglesia como testimonio de la realidad que vive*. No hemos de olvidar que todo testimonio concreto puede ser interpretado de modos diversos y hasta contradictorios. La Iglesia como testigo y como testimonio debe situarse a un nivel previo al de la ética: incluso al margen de los comportamientos morales de los individuos concretos es la Iglesia en cuanto tal –como sujeto histórico– la que propone una novedad en el escenario de la historia y del devenir de los pueblos.

Dicha significatividad ha de proceder de aquello que convierte a la Iglesia en sujeto histórico: la Pascua. La Iglesia es constituida como testigo porque es protagonista del acontecimiento pascual y porque el acontecimiento pascual necesita ser atestiguado, anunciado, prolongado, celebrado. La Iglesia, en este sentido, *se convierte en auto-testimonio, se atestigua a sí misma en la medida en que refleja el esplendor y la novedad de la Pascua*. La novedad cristiana a la que son invitados todos se condensa en la Pascua: gesto de reconciliación radical, de apuesta por las personas aún en pecado, por el perdón sin condiciones, por la renuncia al reproche y a la acusación, por el amor a los enemigos, por la alegría que alienta la esperanza, por la fraternidad que crea comunidad de acogida y servicio, por el amor fraterno, por la disponibilidad radical hacia los otros...

## **6. REALIZAR UNA MISIÓN MARTIRIAL EN SITUACIONES DE CONFLICTO**

El martirio aparece como el testimonio más sublime y, por ello, el más creíble y significativo ante el mundo. Es consecuencia de una vida en Cristo como enviado que da la vida por todos, y guiada por el Espíritu. De la muerte acogida surge un anuncio existencial de una persona que se ha gastado por todos, particularmente por los más pequeños y pobres. *De la vida entregada hasta la muerte brota un profundo amor al mundo masacrado y a la Iglesia mártir* en medio de los gozos y penalidades de los hombres (cf. RMI 87-90; EE 13). La historia de la misión nos explicita cómo la misión hasta el martirio ha sido una constante en todo

---

<sup>15</sup> Cf. F. CONESA (ed.), *El cristianismo, una propuesta con sentido*, BAC, Madrid 2005; [particularmente: E. BUENO DE LA FUENTE, *Significatividad y credibilidad de la Iglesia*, 179-215].

el mundo desde los diversos conflictos existentes<sup>16</sup>. Resulta enternecedor leer las *Actas de los mártires* de los primeros siglos del cristianismo y comprobar cómo estas personas asumían su entrega total en cuanto testigos del Cristo pascual-crucificado y miembros de la Iglesia<sup>17</sup>. Aunque, curiosamente, los tratados de espiritualidad sobre esta época apenas si destacan esta orientación misionera.

Mediante el testimonio de los mártires la misión muestra que aún hoy la buena nueva del Reino *tiene su fuerza de provocación respecto a nuestros contemporáneos*, bien para permitir la opción libre de la fe, bien para vivirla de forma coherente y significativa<sup>18</sup>. Gracias al testimonio martirial, la misión verifica que sólo a través de este camino se puede hacer plenamente creíble el anuncio del evangelio. Esto permite, además, explicar el hecho de que desde sus primeros años la Iglesia haya visto en el martirio un lugar privilegiado para verificar la verdad y la eficacia de su anuncio. En efecto, en estos acontecimientos el testimonio por el evangelio no se limitaba solamente a la forma verbal sino que se extendía a la concreción de la vida. Por eso la Iglesia comprendió enseguida que el mártir no tenía necesidad de sus oraciones; al contrario, era ella la que rezaba a los mártires para obtener su intercesión, pues estaba convencida de que su sangre derramada era semilla cristiana.

La misión necesita vivirse y explicitarse como martirio: *una Iglesia mártir que comunica con el derramamiento de su sangre el gozo de la salvación por amor al mundo*. Pero también el martirio debe comprenderse como dimensión esencial de la misión; y quienes mejor lo conocen, viven y padecen son los propios misioneros. No basta encuadrar el martirio desde una espiritualidad misionera, aunque ésta sea imprescindible; más bien, se trata de vivir la misión desde una espiritualidad arraigada en los dinamismos de la fe e inserta en los contextos, culturas y conflictos históricos<sup>19</sup>. Ambas perspectivas –misión como martirio y martirio como misión– son semilla de esperanza para una Iglesia mártir en misión.

Aún hoy resulta interpelante asumir las orientaciones respecto al martirio y a la misión, desde el trasfondo de Tertuliano, que nos ofrece el decreto conciliar *Ad gentes*: “como esta misión continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección. Porque así caminaron en esperanza todos los Apóstoles, que con sus múltiples tribulaciones y sufrimientos completaron lo que falta a la pasión de Cristo en provecho de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Col 1,24). Muchas veces fue también semilla la sangre de los cristianos” (AG 5).

---

<sup>16</sup> A. SANTOS, *Misioneros hasta el martirio. Una constante en la historia de las misiones*, «Misiones Extranjeras» 127 (1992) 31-61.

<sup>17</sup> Cf. C. NOCE, *Il martirio. Testimonianze e spiritualità nei primi secoli*, Studium, Roma 1987, 57-60 y 100-107.

<sup>18</sup> J. SARAIVA MARTINS, *Martirio y misión*, en M<sup>a</sup> E. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ (ed.), *El martirio cristiano. Testimonio y profecía*, Edice, Madrid 2007, 13-32.

<sup>19</sup> Cf. «Misiones Extranjeras» 195 (2003) [*Espiritualidad misionera*] y 210 (2006) [*Retos de la misión a la espiritualidad*].

## 7. CLAVES ACTUALES PARA UNA MISIÓN MARTIRIAL

Después de lo expuesto, queremos señalar algunas claves que puedan resultar significativas ante el mundo como praxis auto-testimonial de una Iglesia martirial-misionera. No abordamos directamente la identidad actual del mártir cristiano<sup>20</sup>. A nuestro juicio, y de forma muy breve, éstas pueden ser las siguientes:

**-Una misión profético-martirial.** Los misioneros mártires no mueren hoy normalmente por defender un artículo de la fe o por la ortodoxia, sino por su vida como ortopraxis<sup>21</sup>. Son perseguidos y ajusticiados por luchar en tantos conflictos a favor de la justicia y de la solidaridad a favor del Reino. La relación intrínseca entre los gestos históricos y la predicación ha sido una constante en la tradición profética judeo-cristiana. Ésta ha de ser el rasgo característico de la nueva profecía.

El misionero debe actuar proféticamente para que la misma Iglesia sea toda ella profética, profecía en el mundo. El testimonio profético de los misioneros ha de ayudar a la Iglesia en su conjunto a descubrirse y vivirse en el horizonte de la misión, referida al cosmos entero y a la humanidad en su conjunto. Una Iglesia que se descubra como misión y en estado de misión experimentará que no puede desconectarse de las contingencias y conflictos de la historia entre las cuales se encuentra peregrinando para extender el Reino de Dios. Entonces podrá ser *compañía* de los otros grupos humanos que avanzan a tientas, entre ilusiones y decepciones, a través del tiempo; *memoria*, porque hace presente la bondad originaria de todo lo que existe y del acontecimiento de la alianza ratificado definitivamente en Pascua/Pentecostés; y *profecía*, porque desvela y testimonia posibilidades de existencia creativas y nuevas.

**-Unos misioneros a los que el dolor les hace mirar hacia abajo.** No hace mucho Presentación López –burgalesa de la congregación de las Hermanas de San José– perdió las dos piernas cercenadas por una bomba mientras descansaba en el dispensario que atendían en el Congo. En unas declaraciones decía que “el dolor la hizo mirar hacia abajo”. Ella se refería a que el dolor físico la hizo mirarse las piernas y descubrió en qué situación se encontraba. Creo que estas declaraciones bien pueden ser metáfora para comprobar que el dolor de tantas personas y pueblos hace mirar hacia abajo a los misioneros. Y esta mirada cargada de amor y profetismo a veces les lleva hasta la muerte martirial.

Desde su mirada hacia abajo en empatía con los doloridos captamos un perfume que humaniza en este mundo nuestro a veces demasiado enfermo<sup>22</sup>. Si necesario es humanizar una civilización enferma, también resulta hoy imprescindible superar la deshumanización: en lugar de silencio, poner nombre; en lugar de insensibilidad, compasión; en lugar de desprecio, agradecimiento. Poner nombre a pobres y a víctimas significa romper el silencio sobre guerras, injusticias

<sup>20</sup> Cf. R. BLÁZQUEZ PÉREZ, *¿Quién es un mártir cristiano?*, en M<sup>a</sup> E. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ (ed.), *El martirio cristiano. Testimonio y profecía*, Edice, Madrid 2007, 33-60.

<sup>21</sup> E. BUENO DE LA FUENTE, *La misión como profecía: el misionero profeta en una Iglesia profética*, «Misiones Extranjeras» 212-213 (2006)311-331; M. A. MEDINA, *Profetas: mensajeros de Dios y mártires de los hombres*, «Ciencia Tomista» 133 (2006) 379-403.

<sup>22</sup> J. SOBRINO, *Humanizar una civilización enferma*, «Concilium» 329 (2009) 79-89.

y desprecios activamente ocultados; y al ponerles nombres, se les devuelve la dignidad. Curar heridas y erradicar estructuras de muerte es absolutamente necesario. Pero, además, es ejercicio de compasión: es la re-acción del buen samaritano, con entrañas de misericordia removidas y sin condiciones. Humaniza lo que hacemos por pobres y víctimas, aunque nada humaniza más que dejarse curar por las víctimas, y agradecerse; es la salvación que proviene del pueblo crucificado. Y todo esto lo hacen los misioneros porque son «consecuentemente misericordiosos» y encuentran estímulos de esperanza con la mirada puesta en el dolor de los de abajo, al estilo de Jesucristo. Por eso les llamamos mártires.

-Unos misioneros/mártires que son **los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre**, según expresa el Catecismo de la Iglesia (nº 2474). Resulta ilustrativo comprobar cómo Juan Pablo II en *Veritatis splendor* une de modo indisoluble martirio y verdad. Por una parte, recuerda que numerosos santos han testimoniado y defendido la verdad moral hasta el martirio (VS 92); y, por otro, mantiene que todo cristiano está llamado a dar testimonio coherente de Cristo, aun a costa de grandes sacrificios y con un compromiso a veces heroico (VS 93). Pero este testimonio de la verdad hasta la entrega de la propia vida se encuentra también en personas no cristianas, dóciles a la acción interior y misteriosa del Espíritu (VS 94).

El mártir, desde la libertad personal y la coherencia de una vida entregada, indica no sólo que cada uno puede conocer la verdad sobre su propia vida, sino más aún: que él puede dar su propia vida para comunicar en diálogo evangelizador la Verdad que guía sus convicciones y opciones. La verdad sobre su vida y la Verdad del evangelio confluyen práxicamente en el martirio desde una síntesis tan estrecha que apenas cabe la duda de que no sea una verdad acogida en la fe para la reconciliación del mundo<sup>23</sup>.

**-Una espiritualidad misionera desde la cruz**<sup>24</sup>. Una espiritualidad de la cruz no es una espiritualidad negativa ni justificadora de toda clase de sufrimiento. Es, más bien, la espiritualidad que configuró la vida de Jesús ya que la cruz pertenece al núcleo del misterio pascual. El misterio del sufrimiento en Dios es el misterio de su infinita capacidad de amar: es un Dios amar que sufre porque ama y ama porque sufre. El Dios cristiano no es ajeno al dolor de la humanidad ni se limita a tolerar el dolor humano o a aliviarlo, sino que está con nosotros en el sufrimiento.

Por ello –y esto lo saben bien los misioneros– “quien cree en este Dios que sufre con nosotros, reconoce su sufrimiento en Dios y a Dios en su sufrimiento, y encuentra en la comunión con él la fuerza que le permite permanecer en el amor, a pesar del dolor y de la tristeza”<sup>25</sup>. Dado que la cruz es nuestro signo redentor por excelencia, el misionero fácilmente se solidariza con los crucificados de la historia e inicia caminos de liberación y gestos y palabras capaces de engendrar y crear

<sup>23</sup> Cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, *La nueva evangelización, ¿restauración o alternativa?*, Paulinas, Madrid 1992, 211-218.

<sup>24</sup> L. NOVOA PASCUAL, *Espiritualidad de la cruz hoy*, «Staurós» 48 (2009) 33-50.

<sup>25</sup> J. MOLTMANN, *Cristo para nosotros hoy*, Trotta, Madrid 1997, 43.

auténtica humanidad, generando caminos desde una esperanza que no defrauda en medio de tantos interrogantes y enigmas humanos.

**-Una misión de pan partido y de sangre derramada por todos**<sup>26</sup>. El pan partido y la sangre derramada de que nos hablan los relatos de la Última Cena deben entenderse desde la pro-existencia de Jesús por todos. La exégesis suele concordar en que la expresión empleada en estos relatos ("por muchos") no conlleva un sentido exclusivo ("muchos, pero no todos") sino inclusivo –de acuerdo con el modo semítico de hablar–: "la multitud que abarca a todos". Así pues, la muerte que asume y anuncia Jesús, paradigma de todo misionero mártir, no es sólo para establecer la alianza de comunión entre Dios y un grupo de hombres, numeroso pero restringido; su eficacia se extiende a toda la humanidad. Y, desde aquí adquiere importancia el horizonte de reconciliación global que debe impregnar todo el quehacer misionero<sup>27</sup>.

En el mártir se produce una transformación: como el pan y el vino se transforman, por el Espíritu, en el cuerpo entregado y en la sangre derramada de Cristo, así el cristiano, que en el martirio testimonia su fe y su amor, llega a ser una ofrenda completa a Dios en la fortaleza del Espíritu. El mártir actualiza en sí mismo y de modo existencial el más profundo significado eucarístico: ser don incondicional para los hombres, aparecer como manantial de salvación para todos, comunicar aquel «amor incorruptible» que desde la vida terrena se eleva hasta la eternidad. El mártir celebra su «eucaristía» –esto es, la «acción de gracias» a Dios en su sentido existencial más profundo– donando su propia vida y participando en el sacrificio de Cristo.

Cuando entramos en un templo católico y dirigimos nuestra mirada al altar, pocas veces nos acordamos de que el altar sobre el que se celebra la eucaristía contiene reliquias de mártires. Esta costumbre eclesial de celebrar la ofrenda memorial de la Pascua de Cristo es expresión de una manera profunda de ver la relación entre martirio e Iglesia. La Iglesia está y se edifica sobre el testimonio de los que entregan su vida por amor.

Del mismo modo, para todo bautizado, pero especialmente para los misioneros, el hecho de celebrar el memorial de la Pascua en la eucaristía ha de convertirse en una opción existencial por compartir el pan partido y la sangre derramada de Jesús, bienes de los que participamos sacramentalmente. Así lo entendieron los mártires primeros; así lo entienden muchos de los mártires conocidos y anónimos de nuestros días. Puesto que, como afirmaba Juan Pablo II, "quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador" (*Mane nobiscum Domine*, 26).

62 Semana de Misionología de Burgos, julio 2009

<sup>26</sup> Cf. «Misiones Extranjeras» 206-207 (2005) [*Misión y Eucaristía*].

<sup>27</sup> Los mártires primeros de la Iglesia muestran una particular asimilación a la eucaristía como ofrecimiento total y gratuito a Dios : cf. M. MARITANO, *L'eucaristia nella fede e nella vita dei cristiani del I-III secolo*, «Rivista Liturgica» 91 (2004) 869-886.